



Ordóñez

MIGUEL PELAY OROZCO

IMPRESIONANTE. La reacción del pueblo donostiarra ante el asesinato de Gregorio Ordóñez ha rebasado todo lo imaginable. Que sus amigos y seguidores políticos se volcaron en la protesta y el dolor por el repugnante crimen estaba previsto. Pero que toda la ciudad se echará a la calle en un gesto unánime de indignación, de condena y de tristeza, escapaba a todo lo imaginable. Yo no conocía a Ordóñez. Es decir, no había hablado nunca con él, porque conocerle, le conocía todo el mundo. Tampoco era un seguidor suyo. Y sin embargo, pocas muertes me han impre-

sionado tanto. Ha sido una de esas muertes frías, mecánicas, brutales, que causan estupor y repulsión. Han transcurrido unos días y uno no termina de comprender qué es lo que pudo inducir al asesino a segar la vida de un hombre joven y valeroso y a engrosar la lista trágica de víctimas con una viuda joven y un huérfano de un año. Y, ¿para obtener qué? Es seguro que las elecciones no van a aprobar su aleposa acción. Y por otra parte, un revolucionario consolidado debe saber que el Che Guevara no hubiera alcanzado la jerarquía de mito, de haber seguido con vida...